

guren productos nuevos y beneficiosos de que podamos servirnos, acreciendo con ello el conjunto de nuestras riquezas, es decir, de las cosas útiles para las comodidades de la vida.»

Cuando Dionisio Papin proyectaba, en 1688, mover un émbolo por medio de la fuerza de la pólvora, pensaba:

«Es indudablemente algo grande y generoso querer emplear en la utilidad de los hombres la fuerza de la pólvora que hasta ahora sólo ha servido para destruirlos.»

Pues bien, todo ese espíritu de un mundo nuevo condenaba al mundo viejo. La «verdadera y útil filosofía», «la filosofía bella», «la filosofía natural» alarmaba á la teología, esa filosofía sagrada. Ciertamente que las ciencias naturales no realizaron progresos tan grandes que los cristianos se sintiesen perturbados en sus creencias sobre el Génesis y sobre las relaciones de la tierra con Dios; pero los descubrimientos matemáticos y astronómicos modificaron la condición de la tierra y del hombre aminorándola. Galileo, al crear la física experimental y la física matemática, demostró la identidad de los fenómenos celestes y de los fenómenos terrestres, extendiendo a todo el universo las leyes físicas observadas en la tierra; entonces cesó la distinción entre la tierra y el cielo, antes considerados como opuestos una á otra, es decir, la tierra como mansión para el sufrimiento y la muerte y el cielo como lugar de perennidad incorruptible. Y asimismo dejaba la tierra de ser el centro de la esfera del mundo y perdía su dignidad de astro, á cuyo servicio el sol, la luna y las estrellas se ordenaban en una jerarquía de cielos manejados por ángulos y que ascendían hacia el emperio; y se hacía dudoso que el hombre fuese la principal preocupación de Dios, y Dios, que durante tanto tiempo había vivido en intimidad con el hombre y con la tierra, alejándose al infinito.

No había modo de evitar un conflicto entre la ciencia y la autoridad, desde el momento en que aquella era una investigación perpetua y ésta procedía por afirmación previa y definitiva. Los sabios que descubrían ó veían descubrir tan grandes novedades, los contemporáneos de Galileo, de Harvey, de Descartes, de Huygens, de Newton, no podían creer como Boileau y como Lebrún, que los antiguos lo hubiesen inventado todo y que lo principal de la educación fuese el estudio de sus monumentos y de sus libros. «Toda la serie de los hombres durante el curso de los siglos, decía Pascal, debe ser considerada como un mismo hombre que subsiste siempre y que continuamente aprende, de donde se deriva cuán injustamente respetamos la antigüedad de sus filósofos.» Otra autoridad distinta de la de los antiguos, la autoridad en materia de religión, no podía tampoco dejar de ser, á su vez, discutida. Indudablemente algunas almas podían substraerse al conflicto entre la fe y la ciencia mediante la afirmación decidida de la fe; sin hablar de Pascal, otros «filósofos» había, como Boyle, que creían en una conciliación entre la religión y la ciencia, para el mayor bien de una y otra. Boyle prevenía, según él mismo decía en 1651, una «revolución que exaltaría la teología y haría florecer la filosofía verdadera más allá de las esperanzas humanas;» pero otros, temían que no fuese fácil hacer vivir juntas la ciencia y la fe. Leibnitz escribía al gran Arnauld:

«Empieza un siglo filosófico en el que se propagará fuera de las escuelas, entre el común de los ciudadanos, una mayor preocupación de lo verdadero; si no podemos satisfacer esa necesidad de la ciencia, es preciso renunciar á la propagación verdadera de la religión...; nada será más á propósito para fortalecer el ateísmo ó, por lo menos, el naturalismo que de día en día aumenta, y para destruir fundamentalmente la fe de la religión cristiana ya vacilante en muchos espíritus grandes, pero malos... La Iglesia tiene en su propio seno enemigos más violentos que los herejes, y es de temer que la última herejía sea si no el ateísmo, cuando menos un naturalismo declarado (1).»

La Iglesia, en su perspicacia, había tratado de contener á la ciencia en su primer impulso, condenando á Copérnico y á Galileo; fué, pues, preciso que la filosofía tomara precauciones contra la teología. Bacon había proclamado esa «ciencia de Dios» como la primera entre todas, poniéndola por encima de todo, pero á un lado, y prohibiendo á los sabios la investigación de las causas finales que, «parecida á la virgen consagrada á Dios, es estéril y no puede engendrar.» Todos los sabios imitaron esa prudencia y con ello la ciencia se halló cohibida.

Francia, á juzgar por las apariencias, era la mansión predilecta de la filosofía: «París, escribía Leibnitz en 1695 al duque Juan Federico de Brunswick, es un lugar en donde resulta difícil hacerse distinguir, pues se encuentran allí los hombres más hábiles de la época en toda clase de ciencias, y son necesarios mucho trabajo y un poco de solidez para labrarse una reputación.» Huygens admiró, en la dedicatoria de su *Horologium* al rey, «el reconocimiento y la restitución de la geometría en este siglo por el genio de los franceses.» El cartesianismo se extendió poco á poco por todas partes bajo formas diversas, y en las obras del ingenio francés se le reconoce por el cuidado en formarse ideas claras y distintas, en el desdén de las sutilezas y en cierto aire de independencia y de confianza.

Pero en ninguna parte, exceptuando España, era menos libre que en Francia el pensamiento: Descartes no se atrevió á publicar y aun destruyó un *Tratado del mundo* que había escrito, y se expatrió varias veces; y cuando su cuerpo fué traído de Suecia á París, el rey prohibió que en el entierro se hiciera el elogio del filósofo. Los jesuitas, que eran siempre los primeros en descubrir las consecuencias de una doctrina, intentaron destruir el cartesianismo é hicieron poner en el índice las obras de Descartes y prohibir la enseñanza de sus «opiniones y de sus sentimientos,» consiguiendo, además, en 1675, con ayuda del arzobispo de París, que el Oratorio, en donde había penetrado el espíritu nue-

(1) «Seculum philosophicum oriri, quo cura acrior veritas extra scholas etiam in viros republicae natos diffundantur; his nisi satisfaciatur desperatam religionis veram propagationem esse...; nihil efficacius esse ad confirmandum atheismum aut certe naturalismum invalescentem, et subruendam a fundamentis jam paene apud multos et magnos sed malos homines labescentem religionis christianae fidem...; multos intra ecclesiam ipsis haereticis acriores hostes esse; metuendum esse ne haeresium ultima sit, si non atheismus, saltem naturalismus publicatus...» (Sacado de la primera carta de Leibnitz á Arnauld pub. por Grotfend, *Briefwechsel zwischen Leibnitz, Arnauld und dem Landgrafen E. von Hessen-Rheinfels*, Hannover, 1846, pág. 140.

vo, repudiase su espíritu cartesiano. Un jesuita, el P. Valois, denunció á Descartes en la Asamblea del clero de 1680:

«Señores, emplazo ante vosotros al señor Descartes y á sus más firmes sectarios... Nada aventuraréis usando de vuestra autoridad, pues la Santa Sede aprobará cuanto hagáis..., y el rey ha dado ya á conocer, no sólo lo que espera de vosotros, sino también lo que podéis esperar de él. Este es el común deseo de Francia, la

sentimiento del maestro Aristóteles había atribuido al corazón «el oficio de hacer transportar la sangre por todo el cuerpo, con pleno poder á dicha sangre para pasarse por él, de vagar y circular libremente por las venas y arterias, sin otros derechos ni títulos para cometer tales vejaciones que la sola experiencia cuyo testimonio no se ha recibido nunca en las expresadas escuelas.» El Tribunal, «teniendo en cuenta la citada instancia,» ordena que el referido Aristóteles será



Leibnitz

cual... teme el desorden, del que el mismo rey opina que está por esta causa amenazada.»

Prohibir el cartesianismo equivalía á cerrar la senda que á la ciencia había abierto la filosofía de la duda y de la investigación. La Sra. de Sevigné, á propósito de la coacción ejercida sobre los oratorianos, escribía: «Los jesuitas son más poderosos que nunca; han prohibido á los PP. del Oratorio enseñar la filosofía de Descartes y, por consiguiente, han prohibido que la sangre circule.» Estas últimas palabras son una alusión al decreto burlesco imaginado por Boileau al tener noticia de que la facultad de Teología pedía al Parlamento la reproducción de un decreto que, en 1624, había prohibido toda enseñanza contraria á las opiniones de los autores antiguos y aprobados. En el preámbulo del decreto de Boileau, el Tribunal aludía á una instancia de la Universidad, presentada en nombre de ésta y en el de «maese... Aristóteles, ex profesor real de griego en el colegio del Liceo,» reclamando justicia contra «una desconocida denominada la Razón.» Esa dama, desde hacía algunos años, había sido «propuesta entrar por fuerza en las escuelas de dicha Universidad,» y sin el con-

«siempre adoptado y enseñado por los regentes, doctores, maestros en artes y profesores...», sin que por esto estén obligados á leerlo, ni á conocer su lengua ni sus sentimientos; y en cuanto al fondo de su doctrina los remite á sus cuadernos.» Además, prohíbe «á la sangre que siga vagabundeando, que se pasee y circule por el cuerpo bajo pena de ser entregada y abandonada enteramente á la facultad de Medicina. Los teólogos, avergonzados por los aplausos con que fué acogido el *Decreto burlesco*, desistieron de su petición, pero se mantuvieron en guardia; y Bossuet, que, á pesar de todo aprendió mucho de Descartes, y así lo dejó ver en su *Traité de la connaissance de Dieu* (*Tratado del conocimiento de Dios*), llamaba la atención sobre el «gran combate que se prepara contra la Iglesia bajo el nombre de filosofía cartesiana (1).»

(1) Ese combate ha empezado ya: Malebranche ha publicado en 1674-75 su *Recherche de la vérité* («Investigación de la verdad»); y otro cartesiano, Bayle, en 1682, las *Lettres à un docteur de Sorbonne sur les Comètes* («Cartas á un doctor de la Sorbona sobre los cometas.») Acerca de Malebranche y de Bayle véase más adelante el capítulo *Las ciencias, la filosofía, la erudición, la teología*.

En Francia no existía aún una opinión pública capaz de defender la filosofía contra los poderes y eran muy pocas las personas que se percataban de que su tiempo veía «nacer una revolución del espíritu humano,» como ha dicho Voltaire hablando del progreso de las ciencias en el siglo xvii. Ese progreso lo ha definido admirablemente un filósofo del siglo pasado, Cournot: «Antes del siglo xvi, los progresos de las ciencias son tan lentos y los descubrimientos notables tan poco frecuentes que el cuadro que de ello puede trazarse más se parece á unos fastos, registros ó anales monásticos ó hieráticos que á una composición verdaderamente histórica en que el interés es hijo de la fuerte é íntima unión de todas las partes del relato.» Pero en el siglo xvii «la revolución de las matemáticas» arrastra consigo el progreso de las ciencias naturales y se descubre la unidad al par que la utilidad magnífica de la ciencia. «Es la época en que las ciencias abstractas, durante mucho tiempo cultivadas por sí mismas y por el encanto que en ellas hallan algunos espíritus, ó por un secreto y vago presentimiento de su papel futuro, dan de pronto la clave de lo más sencillo, de lo más grande, de lo más imponente que hay en el orden del universo. A partir de aquel momento, los descubrimientos se suce-

den rápidamente en los dominios de las ciencias abstractas, lo propio que en el campo de la observación y de la experiencia; esos descubrimientos son revoluciones en geometría, en astronomía y en física; y esas revoluciones, por lo menos en lo que atañe á la geometría y á la astronomía son de la índole de aquellas que, cada una en su género, no han tenido ni han de tener pares.» Por esto «los progresos y las revoluciones de las ciencias» imprimen en el siglo un «carácter singular y excepcional que no le comunicaron, en grado tan eminente, ni la religión, ni la política, ni la filosofía, ni las letras, ni las artes.» Todas las contiendas religiosas, todas las combinaciones de la política y todo el orgullo de Luis XIV son cosas mediocres y apenas perceptibles, comparadas con el hecho de quedar abiertos á la mirada y al espíritu del hombre los dos infinitos, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Pero á excepción de la Iglesia, advertida por el instinto de la conservación, y de algunas contadas inteligencias, nadie veía en donde radicaba la grandeza del siglo, y aún no todo el mundo lo ve actualmente; es preciso que el transcurso del tiempo haga caer el polvo y extinga el ruido levantados por los sucesos superficiales que son los que satisfacen nuestra superficial curiosidad.

LIBRO OCTAVO

LA POLÍTICA EXTERIOR DESDE 1661 Á 1685

CAPÍTULO PRIMERO

LA EUROPA EN 1661 (1)

I. La familia de los Habsburgos. — II. Alemania é Italia. — III. Los aliados tradicionales de Francia: Portugal, Dinamarca, Suecia, Polonia, Turquía. — IV. Las potencias marítimas: Inglaterra y Holanda. — V. Orientación de la política francesa.

I.—La familia de los Habsburgos

Luis XIV escribió al principio de sus Memorias:

«Todo estaba tranquilo en todas partes; en el reino, ni movimiento ni apariencia de movimiento que pudiera interrumpirme y oponerse á mis proyectos; la paz estaba asegurada con mis vecinos, al parecer, por tanto tiempo como yo quisiera.»

Veíase, pues, en 1661, señor en su país y en condiciones de poder imponer al mundo la paz ó la guerra; y ese punto de vista era exacto.

La casa de los Habsburgos, es decir, España y Austria, había aceptado los tratados de Westfalia y de los Pirineos.

(1) FUENTES. *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la révolution française*, pub. por el ministerio de Negocios extranjeros: *Austria*, por Sorel, 1884; *Suecia*, por Geoffroy, 1885; *Portugal*, por de Caix de Saint-Aymour, 1886; *Polonia*, por Farges, 2 vol. 1888; *Roma*, por Hanotaux, 1888; *Baviera, Palatinado, Dos Puentes*, por Lebon, 1889; *Rusia*, por Rambaud, 2 vol. 1890-94; *Nápoles y Parma*, por J. Reinach, 1893; *España*, por Morel Fatio, 3 vol., 1894; *Dinamarca*, por Geoffroy, 1895; *Saboya, Cerdeña, Mantua*, por Horriq de Beaucaire, 2 vol. 1898-99; *Prusia*, por Waddington, 1901. — Esas instrucciones contienen datos á veces muy exactos sobre el estado de los gobiernos cerca de los cuales están acreditados los embajadores ó los ministros. — Las *Oeuvres* de Luis XIV, pub. por Grimoard y Grouvelle, París, 1806, 6 vol. *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, pub. por Dreys, París, 1860, 2 vol. *Mémoires du Conseil de 1661*, pub. por J. de Boisliis, t. I y II (en curso de publicación), París, 1905-06 («Soc. de l'Hist. de Fr.»). Mignet, *Négociations relatives à la succession d'Espagne*, París, 1835-42, 4 vol. («Collection des Doc. inéd.») *Memorias* del marqués de POMPONE, pub. por Mavidal, París, 1860-61, 2 vol; del mariscal de GRAMONT, en la colección Michaud y Poujoulat, 3ª serie, t. VII; del caballero TEMPLE, la misma colección, 3ª serie, t. VIII. *Lettres inédites du marquis de Feuquières*, pub. por Gallois, París, 1845, 5 vol. Pellisson, *Histoire de Louis XIV*, París, 1749, 3 vol. Bollandbroke, *Esquisse historique de l'état de l'Europe depuis le traité des Pyrénées jusqu'à celui d'Utrecht*, en el t. II de las *Lettres sur l'histoire*, traducción francesa, París, 1700. *L'intérêt de la Hollande*, pub. en 1662 por Pedro de la Cour, nuevamente editada después bajo el nombre de Juan de Witt.

ORAS. Las introducciones históricas á las *Instructions aux ambassadeurs*, citadas en esta misma nota. El tomo I de Erdmannsdorfer, *Deutsche Geschichte vom Westfälischen Frieden bis zum*

España poseía aún el imperio más vasto del mundo, pero, como decía un embajador, «todas las piezas de que se componía su grandeza hallábanse en ruina.» Su población disminuía continua y rápidamente por culpa de las guerras, de la emigración á América, á los Países Bajos y á Italia, y de la miseria. El español no trabajaba; siete siglos de guerra contra los árabes por la independencia de su territorio, seguidos de la conquista del Nuevo Mundo y de un siglo y medio de guerra contra Francia, le habían formado un temperamento de soldado y de conquistador. Durante mucho tiempo, los moriscos, restos de la invasión árabe, habían trabajado por él en el campo y en las ciudades, pero los expulsó de su territorio. España, país perezoso y despoblado, atraía al extranjero que llenaba los huecos y trabajaba; y Colbert, en el cálculo que hace de la riqueza nacional, cuenta el dinero que á Francia traen todos los años nuestros labriegos á su regreso de España. Decíase, en efecto, que «si muchos de nuestros franceses no fuesen á segar los henos y los trigos de los españoles y á fabricarles sus ladrillos, los españoles correrían el azar de morir de hambre y de albergarse en tiendas de campaña, por no tomarse el trabajo de construir casas.» España había prohibido todo trabajo que no fuera el minero en sus colonias, las cuales estaban obligadas á proveerse en Europa, y se había reservado el comercio de aquellas regiones inmensas; pero como casi nada tenía qué vender, pues ya casi no tenía industria, las mercancías que á América llevaban los galeones españoles eran

Regierungsantritt Friedrichs des grossen (una de las mejores obras de la colección Oncken), Berlín, 1892. Philippson, *Der grosse Kurfürst Friedrich-Wilhelm von Brandenburg*, Berlín, 1897-1903, 3 vol. Pages, *Le Grand-Electeur et Louis XIV*, París, 1905. Grossman, *Die Geschäftsordnung in Sachen der äusseren Politik am Wiener Hof* (forma el t. XII de las «Forschungen zur Deutschen Geschichte.») Geyer y Carlson, *Geschichte Schwedens* (traducción alemana de la obra en sueco), t. IV y V, Gotha, 1873; Bobryzinski, *Histoire de Pologne*, París, 1880, 2 vol. Caro, *Geschichte Polens*, Gotha, 1875, 4 vol.; Stern, *Geschichte der Revolution in England*, Berlín, 1881 (colección Oncken). Gardiner, *History of the Commonwealth and Protectorate*, Londres, 1894-1905, 3 vol. Seeley, *The Growth of the British Policy*, Cambridge, 1895, 2 vol., traducida por el coronel Baille con el título de *Formation de la politique britannique*, París, 1896-97, 2 vol. Green, *History of the English People*, traducción francesa por Monod, París, 1888, 2 vol. Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart (1660-1714)*. Leipzig, 1875-88, 14 vol. Treitschke, *Die Republik der Vereinigten Niederlande* (en sus *Historische und politische Aufsätze*, t. III). Leipzig, 1870. Lefevre-Pontalis, *Vingt années de république parlementaire au XVII^e siècle, Jean de Witt, grand pensionnaire de Hollande*, París, 1884, 2 vol. Waddington, *La République des Provinces-Unies, La France et les Pays Bas Espagnols*, en los «Annales de l'Université de Lyon,» 1895-97, 2 vol.